

Lazo reverso

MARIANA ISASI

La extensión política del *parlêtre* conduce a plantear una nueva psicología de las masas, una que se hace y se deshace ya no por la vía única de la identificación, sino por la del poder del objeto de goce (Laurent, 2016:24). Pensar la gestión biopolítica desde la unidad elemental del síntoma como singularidad de goce, es el reverso que retoma el envés que Lacan planteó en el último tramo de la década del 60. En aquel contexto la cosa se piensa en torno a discursos, y así el discurso analítico es el envés del discurso del amo, el discurso del amo es el discurso del inconsciente, el inconsciente es la política, etc. (Lacan, inédito). La identificación funciona como mecanismo político por excelencia al hacer creer que hay significantes amos que valen más que otros, ese es el anzuelo que capta sujetos que comparten determinados significantes ideales. Cuando la identificación es releída desde la perspectiva de la inscripción en el cuerpo del acontecimiento de goce, se revela como delirante (Laurent, 2016: 265). Esta tesis piensa el goce sin el Nombre del

Padre, teniendo en cuenta que el mismo no se encuentra en lo real y que se trata de un semblante. Por eso la psicosis es el modelo del síntoma. Noción que se amplía al incluir en él lo incurable, el grado máximo de singularidad, de opacidad y a su vez se lo toma como recurso ante la falta de regla. En esa línea Lacan planteó en 1978 que “todo el mundo es loco, es decir, delirante”, erradicando toda idea de normalidad así como la concepción deficitaria de la psicosis.

Algo de estas referencias quisiera plantear en base a una experiencia que se lleva a cabo hace dos años con un grupo de pacientes de consultorios externos del servicio de salud mental de un hospital público: un taller de música. En tanto dispositivo se enmarca formalmente en la política pública antisegregacionista de la ley de salud mental. Y al mismo tiempo se desmarca vía la política extranormativa del deseo, el cual sitúa como fundamento libidinal del taller una transferencia con otro servicio de salud mental.

Toda política sanitaria que en nombre de cualquier *para todos*, o de un supuesto bien común plantee lineamientos en términos universales, por más progresista que sea, no puede no ser una versión del discurso del Amo. Una manera de dialogar con él se basa en que “la comunidad analítica debe ser irónica hacia las autoridades sociales: tener la reverencia necesaria hacia esos poderes, y siempre mantener distancia e irrisión” (Miller, 2012). Valga como ejemplo clínico de Ironía el que nos enseña la posición espontánea que asume el esquizofrénico frente a la certeza de que el Otro no existe. Es desde esa lección que conviene anudar la práctica analítica con la política institucional. Si hacemos pie en terreno donde el Psicoanálisis no va de suyo, es nuestra responsabilidad hacerlo existir.

Todos somos Antiflash: hemos propiciado la instalación de la ilusión de un *nosotros*, si bien se procura que cada cual invente su función dentro de la lógica colectiva. Lógica que nos ha llevado a conformar una especie de comunidad democrática que utiliza el

voto a mano alzada a la hora de la acción política de la decidibilidad (Tudanca, 2012: 10): qué tema ensayar, qué instrumentos adquirir con algún subsidio o rifa, qué género conviene para las limitaciones de nuestras cuerdas vocales, qué hacer con la ausencia reiterada de alguien, qué fecha para el día de la muestra, etc. Más que un taller de rehabilitación psicosocial, somos una banda de rock. El asunto se complejiza cuando el *todos somos* se contraidentifica a sí mismo y *todos somos distintos de lo que somos, o todos somos los otros* (Miller, 2016: 23). Algo así sucede con el nombre de la banda, R solía utilizar la palabra *antiflash* ante situaciones muy disímiles, y el día en que alguien reparó en ello y la interrogó, salió a la luz la función neológica del término. Ninguno sabe bien qué significa *antiflash* y eso nos gusta. Como una manera de incluir la otredad en el nombre, o de familiarizarse con esa parte del lenguaje que es sonido sinsentido. Nos apoyamos en el valor clínico que en sí tiene la música, combinado con una política de aproximación al síntoma. Considerar que hay un real singular e irreductible en cada cual y desde allí poner en marcha las variaciones del dispositivo, ha llevado a que el taller construya un lazo diferente con cada uno de sus miembros.

Al “Pequeño discurso a los psiquiatras” (inédito) de Lacan pertenece la idea de que el loco tiene el objeto *a* en su bolsillo, es decir, no extraído. Si nos angustiamos ante la locura, es porque vuelve presente el objeto *a*. Se trata de la angustia ante la falta de la falta. La política que se ponga en juego para tratar la locura revela de este modo qué respuesta frente a esa angustia. Tratarla desde un lazo reverso a la biopolítica y reverso a sí mismo es una. Si no es la identificación lo único que nos enlaza y desenlaza, no está mal pensar el papel del objeto en esa función.

Bibliografía

- Laurent, E. (2016). *El reverso de la biopolítica*. Buenos Aires: Grama.
- Lacan, J. (inédito). “Lección del 10 de mayo de 1967”. *Seminario 14: La lógica del fantasma*.
- Lacan, J. (1967). “Pequeño discurso a los Psiquiatras”. 10 de noviembre.
- Miller, J.-A. (2012). “Nueve facetas de la comunidad analítica”. En Revista *cuatro más Uno*, (2).
- (2016). “Otro que existe” (p. 23). En Revista *Lacanianana*, (20). Buenos Aires: Grama.
- Tudanca, L. (2012). *Una política del síntoma* (p. 10). Buenos Aires: Grama.